



Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

INVESTIGACIÓN BIBLIOGRÁFICA

“La adicción en la época actual. De un goce fálico que flaquea”

Autora

LAROTONDA, Florencia

Legajo

L-5025/3

Docente Responsable

SENDEREY, Daniel Omar

-Año 2017-

Agradecimientos

En primer lugar, al espacio TIF el cual ha sido un sostén durante el año, brindándome los recursos necesarios para poder interrogarme en razón de la escritura del trabajo que me ha interesado llevar a cabo.

A Daniel Senderey, docente responsable, a quien admiro profundamente y que ha despertado mi interés por la clínica de las adicciones. Por el compromiso, las correcciones precisas y el abundante material de estudio brindado, así como por sus palabras tranquilizadoras que acompañaron mi proceso de construcción del TIF.

A mis amigas, las que la facultad me brindó, con las que comparto la pasión por el Psicoanálisis, pasión que se refleja no sólo en el transcurso de la carrera, sino en la vida, en el día a día, en cada charla, en cada escucha. Personas de las cuales aprendo en cada encuentro y que me impulsan con alegría a dar cada paso.

A mi padre, quien se ha convertido en mi maestro de vida. Aquel que me transmitió el valor de la palabra y los afectos. Me nutrió de anécdotas, recuerdos, de historia que han dejado en mí una huella imborrable, y que ha contribuido a tomar la decisión de estudiar Psicología.

Índice

Agradecimientos	2
Resumen.....	4
Palabras clave.....	4
Formulación o Planteamiento del problema.....	5
Objetivo General.....	6
Objetivos Específicos	6
Cultura y Subjetividad.....	7
Dos modos culturales de producción subjetiva: Modernidad Sólida-Modernidad Líquida.....	7
La droga: desde primigenios rituales constituyentes, a un hábito desregulado y compulsivo.....	11
La droga: una ruptura con el goce fálico.....	12
La adicción a orillas de la muerte	14
Hacia Otro goce que rompe con la medida fálica: campo propicio para la adicción	15
Conclusión	17
Referencias Bibliográficas.....	19

Resumen

El objetivo general de este trabajo, apunta a la realización de una articulación entre la época actual con sus connotaciones socioculturales, y su incidencia en la adicción desde una perspectiva psicoanalítica. Se eligió como modalidad metodológica, una investigación bibliográfica, que consiste en una revisión del material textual relativa al tema en cuestión apelando a los aportes de distintos autores.

En primer lugar, se establecerá una relación entre la cultura y la producción de subjetividad, para arribar luego a dos modos heterogéneos de producción subjetiva, la Modernidad Sólida y la Modernidad Líquida. Términos acuñados por Bauman, y que permitirán realizar un análisis de los factores socioculturales que han propiciado hoy una sociedad líquida en la cual se constatan evidencias de una franca decadencia de la función paterna, y que inciden en la constitución subjetiva, produciendo patologías como la que es nuestro tema, la adicción. Incidencia que recae sobre la conceptualización y articulación de conceptos fundamentales del Psicoanálisis, tales como Edipo, castración y goce fálico.

Palabras clave: Adicción, Nombre del Padre, Modernidad Sólida, Modernidad Líquida, goce fálico.

Formulación o Planteamiento del problema

Históricamente el hombre apeló a sustancias tóxicas con las cuales interactuar. En las sociedades primitivas, el consumo de drogas estaba sustentado en una sólida tradición cultural y se constituía en un encuentro posible con sus ancestros, su historia. En este encuentro, el sujeto procuraba establecer un lazo con su origen, salida simbólica que le permitía habilitarse un lugar en la sociedad (Texeira Grossi, Andrade, Pinelli Nogueira y Lima, 1998).

Sin embargo, la evolución de la coyuntura sociocultural de la sociedad occidental, arraigada en el sistema capitalista de superproducción, marca constantes transformaciones sociales. La época actual adquiere determinadas connotaciones que el sociólogo Bauman caracteriza con el nombre de Modernidad Líquida. Esta viene a referir acontecimientos como por ejemplo la dilución de los meta-relatos, tales como la religión, ciertas ideologías como la que propugnó el marxismo, configuraciones tendientes a encontrar códigos con valor universal que expliquen el Todo de lo que acontece. Estas configuraciones impregnaban la época denominada por este autor, Modernidad Sólida y ofrecían al sujeto un cierto sostén, un referente que posibilitaba acotar las diferentes formas de gozar. Esta transformación de lo sólido a lo líquido atraviesa al sujeto, el cual “se encuentra confrontado a la confluencia de nuevos valores que implican hasta la renuncia a valores que hasta entonces coexistían” (Texeira Grossi et al., 1998, p. 19). El respeto, el honor, el reconocimiento de la autoridad, la obediencia a las reglas, hoy ya no son prioritarios, se están pulverizando y no promueven el lazo social. Los ideales pierden terreno frente a los objetos de consumo y la droga forma parte de una interminable lista de objetos que se ofrecen al sujeto, el cual es reducido a un consumidor.

Es la época misma la que así propicia, si se toma como referencia la concepción psicoanalítica de las pulsiones, un imperativo de goce pulsional en que el superyó introducido por Freud como instancia restrictiva del mismo, ya no está determinado desde la perspectiva del padre con su función de interdicción, sino por un imperativo de goce. “El goce en las adicciones, es perfectamente ubicable en función de la clínica del super-yó, y lo que está en juego allí es el estado puro de la demanda. Es ese ¡goza! lo que hay que precisar” (Sillitti, Naparstek, Gianzone, López y Lachavanne, 1998, p. 32). Se ordena un goce sin medida, lo cual implica para el sujeto un gran desamparo, en tanto se encuentra desregulado en su forma de gozar fallando el sostén simbólico, por lo que se ve compulsado a gozar en acto.

En este sentido, se abordará la problemática de las adicciones no reducida únicamente al uso de sustancias tóxicas, sino a partir de este cambio de paradigma, entendiendo la adicción tal como plantean Testa, Cohen, Glaze, Mendizábal, Pérez, Riadigós y Rodríguez (1998), como la adherencia compulsiva de un goce a un objeto, el cual asume formas y modalidades diversas. Se trata de sujetos que presentan una cierta dependencia a un modo de gozar del que no pueden desprenderse. No pueden dejar de comer, dejar de drogarse, de trabajar, de jugar o gastar, lo que los ubica del lado de los excesos, excesos que encuentran un respaldo en nuestra época, la cual propicia este avance desenfrenado e incierto de la ciencia aliada con la tecnología. Muchos de estos actos a los que hoy los sujetos están confrontados, actos que se reiteran una y otra vez con una violencia ensordecedora, obliga a tratar la subjetividad con las variantes del Otro social, del Otro de la cultura.

Objetivo General

Realizar una articulación entre la época actual con sus connotaciones socioculturales y su incidencia en la adicción desde una perspectiva psicoanalítica.

Objetivos Específicos

- Caracterizar la conceptualización del Psicoanálisis acerca del goce fálico en la estructura del sujeto.
- Identificar determinadas coordenadas socioculturales de lo que se ha dado en llamar Modernidad Líquida.
- Especificar de qué manera ésta ejerce su influencia en las adicciones y la ruptura con el goce fálico.

Cultura y Subjetividad

En primer lugar, se puede decir que las formas de vivir la existencia humana están vinculadas a coordenadas socioculturales propias de cada época. No se puede prescindir de ellas a la hora de pensar en un sujeto, en tanto “los procesos de acogida al mundo humano y los recorridos posteriores que se transitan a lo largo de la vida van cambiando de acuerdo con las épocas y produciendo diferentes formas de vivir, de producir subjetividad” (Rascovan, Korinfeld y Levy, 2013, p. 32). La subjetividad para éstos, no es individual o colectiva, sino que atraviesa esa disyunción y alude a una singularidad “atravesada por los modos históricos de representación con los cuales cada sociedad determina aquello que considera necesario para la conformación de sujetos aptos para desplegarse en su interior” (p. 102). Afirman que los procesos psíquicos por los que se constituye un sujeto, se despliegan en dimensiones particulares del mundo social, atravesado por las significaciones, sentidos y producciones culturales, y que permiten pensar en una intrínseca relación entre la cultura y la subjetividad. De esta manera, preguntarse acerca de la subjetividad conlleva interrogar los sentidos, las significaciones y los valores éticos y morales que produce una cultura enmarcada en una época determinada.

Dos modos culturales de producción subjetiva: Modernidad Sólida-Modernidad Líquida

A partir de estas consideraciones que se desarrollan en torno al concepto de subjetividad, se remitirá a dos modos heterogéneos de producción subjetiva, la Modernidad Sólida y Modernidad Líquida, términos acuñados por Bauman para dar cuenta de dos fenómenos socioculturales que atraviesan la modernidad y que inciden en la determinación subjetiva.

Se considera pertinente situar como antecedente de la modernidad, el siglo de las Luces, siglo XVII, en el cual las consecuencias de la Revolución política francesa asisten el despegue de la Revolución Industrial. El programa cultural de la modernidad ubica la razón como aquello que posibilitó un cambio radical en toda la cultura europea, sustentada en la filosofía de la Ilustración. Se destacan ideas como el progreso a lo largo de la historia, la igualdad entre los hombres y una racionalidad en tanto característica fundamental del hombre y que tiene su origen en este período. La razón, concebida luz y claridad para los Ilustrados, permite ejercer una crítica y diseñar una normativa que apunte a un progreso sostenido dentro de la sociedad. La confianza ilustrada en la razón es prácticamente ilimitada. Se trata de atreverse a conocer, no dejarse fiar por los impulsos, y aprender a dominar el cuerpo. Así, el cultivo de la educación, fue uno de los rasgos principales de la Ilustración, constituía la llave para acceder a un mundo verdaderamente moderno, lo que dio lugar a la secularización del pensamiento, a las religiones seculares del Siglo XXI, la ciencia y la tecnología (s. a., 2008).

Bauman (2004) plantea que la modernidad presenta particularidades que la diferencian de cualquier otra forma histórica, esto es, la “compulsiva, obsesiva, continua, irrefrenable y eternamente incompleta modernización, (...) en aras de una mayor capacidad de hacer más de lo mismo en el futuro-aumentar la productividad o la competitividad” (p. 33). Ser moderno significa siguiendo la argumentación del autor, ser incapaz de detenerse, de quedarse quieto, implica estar eternamente a un paso delante de uno mismo. La gratificación, entendida en términos de completud, siempre es futura, y la identidad se constituye en el marco de un proyecto inacabado.

El tiempo de la Modernidad Sólida, se puede vincular con el tiempo de las sociedades occidentales industriales y disciplinarias, que Foucault situó en los siglos XVIII

y XIX, y que alcanzan su apogeo a principios del siglo XX. Se trata, siguiendo a Deleuze (2006), de sociedades que operan a través de la organización de grandes y diversas instituciones de encierro, que conformaban el tejido social de los Estados nacionales, instituciones rígidas que poseían sus propias leyes, por lo que cada individuo debía pasar sucesivamente de un círculo cerrado a otro: primero la familia, luego la escuela, el cuartel, a continuación la fábrica, cada cierto tiempo el hospital y probablemente la cárcel, considerado el centro de encierro por excelencia.

En este tipo de sociedades, se desarrollaron toda una serie de dispositivos, entre los cuales se pueden destacar la arquitectura panóptica, que pretendía interiorizar la vigilancia, y la reglamentación del tiempo de todos los hombres, en un período de tiempo que iba desde el nacimiento hasta la muerte (Sibilia, 2005). Estos dispositivos apuntaban a la construcción de cuerpos dóciles, adiestrados, disciplinados, sujetos al aparato de producción capitalista. De esta forma, las sociedades industriales produjeron cuerpos productivos dispuestos a trabajar en distintos ámbitos preestablecidos, tales como la escuela y la fábrica, mientras se coartaba toda tentativa de resistencia.

En vinculación con el planteo de Sibilia, Rascovan et al. (2013), sostiene que los modelos conceptuales de la modernidad, lograron estandarizar los comportamientos sociales a través de estas instituciones, las cuales generaron formas colectivas de domesticación. Las incipientes sociedades burguesas procuraban preparar a los individuos para integrarlos a la vida social y productiva. Para eso, los distribuía por edades, los agrupaba, y los promovía de año de manera establecida y estandarizada, siendo la escuela “la principal institución responsable de producir subjetividad moderna” (p. 28). A los niños se les adjudicaba ciertas significaciones, inocencia, docilidad y formaban parte de una propuesta, un proyecto moderno: ser los hombres del mañana. De esta manera, los sujetos nacían y se conformaban en identidades sólidas. Niños, adolescentes y jóvenes, a quienes se les atribuían determinados rasgos a partir de una norma social. Concebida en estos términos, la función de la escuela, en tanto institución impregnada de los múltiples determinantes culturales propios de esa época, consistía en disciplinar al salvaje, modernizarlo, para así convertirlo en un buen ciudadano, del cual se esperaba que no sólo sea hábil sino moral, esto es, que aprenda a pensar y a comportarse como se debe, de acuerdo a los parámetros establecidos.

Se puede vislumbrar la ilusión de este proyecto moderno: el tránsito por un camino que llevaría a un estado de perfección a ser alcanzado el día de mañana, un camino que llevaría a “una sociedad más segura, más humana, más civilizada y más feliz” (Sibilia, 2012, p. 54) educando y disciplinando a los ciudadanos para que estén a la altura de dicho proyecto. Proyecto inserto en el marco de un ideal de homogeneización de los individuos en torno a la norma, bajo la firme tutela de cada Estado nacional. Una sociedad que impartía límites y un orden en el cual cada uno debía mantenerse, donde cada uno debía ocupar su lugar.

Grimblat (2004), afirma que el concepto de Modernidad Sólida ha sido tomado y ampliado por el historiador Lewkowicz, quien relacionó el Estado nación, representativo de la sociedad, con el prototipo de la solidez. Lo sólido es una propiedad física que implica una estabilidad de la forma, una permanencia, que resiste a la separación de sus átomos. Si se traslada el concepto de solidez a la lógica estatal, el Estado funcionaba en esta época como un gran dispositivo contenedor que operaba ligando y sosteniendo todo aquello que funcionaba en él. Instituyente de la subjetividad y organizador del pensamiento, procuraba resolver las tensiones que desestabilizaban su dinámica, con la finalidad de contener la cohesión misma del sistema. Se trata de operatorias que evitaban la dispersión y promovían la cohesión por medio de la represión ejercida por los representantes del Estado para el cumplimiento de la ley. Se reprimía así todo aquello que atentaba contra la consistencia del mismo, tal como la violencia individual, la

creatividad y la sexualidad. Desde una lectura psicoanalítica, Grimblat propone pensar al Estado como sustituto del padre en tanto instituyente de la ley.

El apogeo del desarrollo industrial y del capitalismo se ubica en el marco de la época Victoriana, expresión utilizada para referirse al extenso reinado de Victoria comprendido entre los años 1837 y 1901. Cuando Victoria ascendió al trono, Inglaterra era esencialmente agraria y rural; a su muerte, el país se encontraba altamente industrializado. Es importante remarcar que la sociedad en esta época estaba exacerbada de moralismos y disciplinas, con rígidos prejuicios, estrictos principios y severas interdicciones. Una cultura que se sostuvo en una serie de valores tales como la obediencia, el respeto, el reconocimiento de la autoridad, la valoración positiva del esfuerzo, y se cumplían firmemente porque se trataba de códigos universales que se absorbían en la familia y en la escuela, además de que se estaba en estricta vigilancia. Se destaca entre estos valores victorianos, la extrema importancia de la moral así como un escrupuloso espíritu que exaltaba el sentido de la pureza y la castidad, la higiene y la decencia (s. a., 2009).

Esta producción moderna de sólidas subjetividades, moldeadas en torno a la disciplina tuvo sus consecuencias. El sujeto, debía restringir sus placeres en nombre de la ley vigente en la sociedad, representada por la figura autoritaria del padre, maestro y Estado.

Bauman (2014) anclado en los desarrollos de Freud en el *Malestar en la cultura* sostiene que los malestares provienen en su mayoría de la renuncia a una considerable porción de libertad, a cambio de un incremento de seguridad. La época Victoriana, era la época en la cual estaba prohibido gozar, y los sujetos se veían llevados a reprimir sus mociones pulsionales. Esta coartación de la libertad, es inherente al proceso civilizatorio; el sujeto debe perder algo, para poder ganar así otra cosa y de lo que se trata, es de ganar una cultura a cambio, una cultura marcada por la ley, y por un conjunto de relatos, rituales, ideologías, que posibilitarán su inscripción en un orden simbólico, sobre el cual sostener las certezas, así como los propios interrogantes.

Ahora bien, ¿qué sucede en la época actual?

Continuando el desarrollo de Bauman, luego de indicar que los malestares psíquicos del hombre derivan fundamentalmente de la renuncia a una porción de libertad, para ganar así una buena cuota de seguridad, el autor se pregunta si esa conclusión a la cual arribó Freud en 1929, seguiría vigente si se la emitiera hoy, más de 80 años después. Responde sosteniendo que Freud habría llegado a la conclusión de que hoy el malestar humano deriva principalmente de haber renunciado en demasía a la seguridad a cambio de una expansión inaudita de la libertad. Esta frase resulta interesante como punto de partida para pensar distintas coordenadas que nos atraviesan día a día y determinan nuevas maneras de ser y estar en el mundo.

Bleichmar (2005) retoma a Marcuse, quien acuñó el término represión sobrante (o sobre-represión), para indicar aquellos “modos con los cuales la cultura coartaba las posibilidades de libertad no sólo como condición del ingreso de un sujeto a la cultura, sino como cuota extra, innecesaria y efecto de modos injustos de dominación” (p. 17). La autora sustituye el término represión, por el de malestar sobrante (o sobremalestar), para referirse a la cuota que le toca pagar al sujeto, no sólo en relación a la renuncia pulsional que posibilita así hacer lazo con otros, sino que está dado fundamentalmente por el hecho de que la profunda transformación histórica acontecida en los últimos años deja a cada sujeto despojado de un proyecto trascendente que le permita acotar, o al menos soportar el malestar reinante. Lo que permitía tolerar este malestar, era la creencia sostenida de que el malestar culminaría y la felicidad sería alcanzada en un futuro. Esto guarda relación con la ilusión moderna vinculada al progreso promovido en gran parte por la

ciencia que triunfaba sobre la ignorancia y apostaba al capitalismo para vencer la pobreza.

Hoy, en cambio, tal como sostiene Bolis (2010), hay una gran exigencia al consumo, el sujeto se encuentra presionado de estar conectado en las redes y comunicarse de manera ininterrumpida, así como también hay una creencia en ser capturado y capturar todo desde la mirada omnipresente de las nuevas tecnologías. Esto diluye la idea de un proyecto a futuro y se antepone una sensación, un malestar de estar habitando un presente veloz en fuga hacia un mañana incierto.

Los niños han dejado de ser los destinatarios de aquel proyecto moderno, ser los hombres del mañana encargados de conducir la sociedad a un estado de plenitud, bienestar y seguridad, sino que esta propuesta se ha reducido fundamentalmente a “que logren las herramientas futuras para sobrevivir en un mundo que se avizora de una crueldad mayor que el presente” (Bleichmar, 2005, p. 18).

Pommier (2002) alude a un desastre actual vinculado a la caída de los ideales, ideales que impregnaron el período comprendido entre los siglos XVIII y XX, y que posibilitaban al hombre, al modo de los astros, una orientación. El ideal, tan ficticio como eficaz, dictaba una ley desde lo alto, anclando la carne en la tierra permitiendo que los cuerpos se mantuvieran como una totalidad. Hoy, por el contrario, ya no hay una creencia firme en estos ideales reguladores, por lo que el ancla se corta provocando una desunión de los cuerpos. Éstos quedan desarrumados, cada vez más transparentes, flanean y flotan.

La época actual, según afirman Texeira Grossi et al. (1998), es una época en que la ciencia se pone al servicio del capitalismo de superproducción. Tiempos de muchos avances en el campo de las neurociencias, y de “una sociedad de consumo organizada de acuerdo con las leyes del mercado, donde lo importante es poseer objetos, al mismo tiempo que los universaliza, anulando las particularidades subjetivas” (p. 20). Un capitalismo que se constituye en el inmenso poder del procesamiento digital que lanza y relanza constantemente al mercado nuevas subjetividades. Así, la ilusión de una identidad fija y estable, va siendo relegada por “modelos efímeros y descartables, vinculados a las caprichosas propuestas y a los volátiles intereses del mercado” (Sibilia, 2005, p. 33).

Bolis (2010), dice que el gran avance de las tecnologías obliga al descarte permanente para poder hacer emerger nuevas habilidades operacionales, por lo que lo conocido se vuelve rápidamente obsoleto. Lo que importa es un presente que prosigue continuamente fiel a la ciencia, negando lo que hizo hace un instante. Este descarte permanente impide habilitarse un tiempo, una espera que promueva la reflexión, la interrogación por lo que el sujeto, queda sumergido en un mundo en el cual se produce una erosión de las marcas simbólicas.

Desde la postura de Bauman (2004), un cambio fundamental producido en la Modernidad Líquida, es la “desregulación y la privatización de las tareas y responsabilidades de la modernización” (p. 35). Según el autor, ya no hay grandes líderes que digan qué hacer, una autoridad en tanto sostén de los actos de los sujetos, sino que hoy el acento recae en sus recursos administrados de manera individual. Grimblat (2004) habla de un desfondamiento del Estado, en tanto está perdiendo cada vez más su función de ordenador, benefactor y responsable. Asimismo, Volnovich (s. f.) afirma que el mercado, impregnado de la lógica capitalista, ya no intenta controlar, aprisionar o amenazar para la sujeción a las instituciones dominantes, sino que las disuelve, por lo que los sujetos quedan libres de toda atadura simbólica, arrastrados por la catarata del consumo y consumidos en este movimiento.

En este marco, la droga forma parte de una cantidad infinita de objetos de consumo que se ofrecen al sujeto; “un producto para ser digerido, como efecto del discurso de la ciencia” (Texeira Grossi et al., 1998, p. 20).

La droga: desde primigenios rituales constituyentes, a un hábito desregulado y compulsivo

Manzetti, Bertuzzi, Bolgiani, Careto y La Greca (1998) citan a Laurent, quien afirma que “mientras que antes el Otro tenía sus exigencias y no permitía al sujeto el goce, ahora todas las herejías del goce son posibles” (p. 49). Se refieren a una falta de sostén del Otro en el plano simbólico, que lleva a un refuerzo de la consistencia sobre el plano imaginario así como a una no implicación del sujeto, el cual queda reducido a un consumidor, objeto desecho de la sociedad. Para ejemplificar este cambio cultural, los autores plantean que en el año 1300 antes de Cristo, la droga era utilizada en el marco de un ritual cultural de tipo chamanista, que implicaba a la comunidad entera, en donde el Otro estaba implicado y convertía el ritual en una suerte de ley, “en la medida en que se delimita y circunscribe el goce del sujeto” (p. 44). El objetivo del ritual no era la droga en sí misma, sino que ésta constituía un instrumento mediante el cual el sujeto podía de esta manera acercarse a las divinidades. El encuentro con la droga se hacía por intermedio del chamán, considerado por toda la comunidad como un ser superior, que tiene por tarea particularizar la experiencia con la droga en función de cada sujeto, introduciendo así los límites y reglamentando una ley. De esta manera, el sujeto que había participado del ritual, debía presentar un testimonio escrito acerca de su experiencia y hacer una transmisión, inscribirla en el campo del Otro. El ritual permitía hacer entrar el goce en el interior de un contexto significativa.

Hoy, por el contrario, según estos autores la experiencia de la droga “se extrapola como objeto del contexto simbólico ritualizado en el cual estaba inserta hasta entonces” (p. 45) y el Otro no es más tomado en cuenta en el goce que ella introduce. Falta una limitación de este goce por lo que la droga deviene fuera de la ley.

Partiendo de las concepciones de Freud (1973) en *El Malestar en la Cultura* podemos decir que porque hay cultura, hay un malestar estructural que resulta imposible de ser eludible. Frente a su incompletud y en la búsqueda de su felicidad, el sujeto encuentra en las drogas una manera de evitar el sufrimiento, o al menos, aliviarlo. Desde siempre individuos e incluso pueblos enteros, en su lucha por la felicidad, han apelado a sustancias embriagadoras a partir de las cuales han conseguido un bien tan grande, que se vieron llevados a asignarles a éstas una posición fija en su economía libidinal.

No sólo se les debe el placer inmediato, sino también una muy anhelada medida de independencia frente al mundo exterior. Los hombres saben que con ese <<quitapenas>> siempre podrán escapar al peso de la realidad, refugiándose en un mundo propio que ofrezca mejores condiciones para su sensibilidad. (Freud, 1929, p. 3026)

Como se ha dicho, históricamente las drogas fueron adoptadas por distintas culturas como intentos de respuesta al malestar, y en las que se constituían como objetos de un contexto simbólico ritualizado. Sin embargo, en el marco de la situación actual, las drogas forman parte del mercado capitalista y surgen impregnadas de un nuevo estatuto: frente a la falencia de los valores tradicionales, hasta entonces ordenadores para el sujeto, “los toxicómanos son el paradigma de las nuevas formas modernas de goce” (Freda, 1998, p. 16).

Miller (2010) sostiene que la droga es el punto de referencia que nombra una práctica, la toxicomanía, a partir de la cual se crea el personaje del toxicómano, que por su hacer con la droga crea una fórmula: yo soy toxicómano. Dicha fórmula lo reduce a un simple consumidor, sueño del discurso capitalista. En vinculación con esto, Tendlarz (1997) hace referencia al lugar que ocupa el objeto-droga en la economía psíquica de un sujeto, tratándose de una adhesión adictiva a un objeto del cual no pueden prescindir, lo

cual produce un efecto patógeno, y que forja para el sujeto un una nominación a través de esta relación con la droga. La firma “soy toxicómano” no se trata de una nominación producto de la eficacia simbólica inserta en el campo del Otro, sino que alude a la “alienación a un significante (...) que viene al lugar del punto de ruptura del sujeto en su economía subjetiva, en su relación al Otro” (Unterberger, 1995, p. 65).

Si se toman las argumentaciones de Testa et al. (1998), la noción de adicción estuvo vinculada en su origen a la dependencia química de diversas drogas, incluido el alcohol, y fue definida como una patología física. Sin embargo, estos autores hacen referencia a Guiddens, el cual destaca un rasgo fundamental de la adicción: la compulsión y la dificultad del sujeto a liberarse de esta. Asimismo, retoman una temprana observación clínica de Freud en 1898, quien advierte que los resultados seguirán siendo fugaces y precarios mientras el médico se limite a quitar el agente narcótico, sin tener en cuenta la fuente de donde surge esa necesidad imperativa a consumir. Definida la adicción como acto compulsivo, no se trata entonces de pensar la droga como el agente de la dependencia, sino por el contrario, esa función de agente es propia de un modo de goce que afecta al sujeto en lo más íntimo. Un goce desregulado que lo expulsa del campo simbólico, a diferencia de la inscripción que de alguna manera producían los rituales culturales chamánicos.

La droga: una ruptura con el goce fálico

Laurent (1997) retoma una frase que Lacan profirió en 1975, en una Jornada de Carteles en la Escuela freudiana de París, y que considero clave de lectura y despliegue de la problemática de las adicciones y de estas nuevas modalidades de goce: “La droga, única forma de romper el matrimonio del cuerpo con el pequeño-pipi” (p. 16). Siguiendo a Laurent, no se trata de una formación de compromiso como Freud había pensado respecto del síntoma, sino más bien de una formación de ruptura, una ruptura con el goce fálico.

Para poder comprender a qué se refiere con goce fálico, es necesario remitirse brevemente al complejo de Edipo y la incidencia del significante del Nombre del Padre en la estructura de un sujeto.

Lacan (1986) plantea que el reconocimiento de la posición sexual de un sujeto, está ligada a una relación fundamentalmente simbolizada, la del Edipo, que instaura la ley en la sexualidad. Esta ley le permite emprender su sexualidad en el plano simbólico.

En tanto la función del hombre y la mujer está simbolizada, en tanto es literalmente arrancada al dominio de lo imaginario para ser situada en el dominio de lo simbólico, es que se realiza toda posición sexual normal, acabada. La realización genital está sometida, como a una exigencia esencial, a la simbolización: que el hombre se virilice, que la mujer acepte verdaderamente su función femenina. (Lacan, 1986, p. 253)

Hay una operación simbólica, que está metaforizada por un significante que llamamos Nombre del Padre, y que no necesariamente tiene que ver con la presencia del padre, ya que se trata más bien de una función vehiculizada por el lenguaje y que tiene un lugar en el corazón del Edipo. La función del padre, tal como expresa el autor, es la de ser un significante que sustituye al significante materno. De entrada, el padre prohíbe la madre, siendo éste el fundamento del complejo de Edipo, por lo que el padre se vincula aquí con la ley primordial de la interdicción del incesto. Se destaca aquí el papel manifiesto de la castración, cuyo vínculo con la ley es primordial. Se trata así, de la metáfora paterna, que implica una sustitución, en tanto el significante del Nombre del

Padre viene a poner un límite a que el niño no quede capturado en el deseo de la madre (Lacan, 2016).

Según Silliti et al. (1998), de esta operación que posibilita una separación deriva la emergencia de un significante particular: el falo. Entendido en términos simbólicos, no tiene que ver con el órgano, no es el pene, sino que es el significante de la falta, del registro simbólico de la castración y por tanto, ordenador de la sexualidad del ser hablante. En este sentido, “es en tanto el significante del Nombre del Padre metaforiza el deseo de la Madre que la instancia del falo regulará las significaciones” (p. 30).

El falo simbólico implica, siguiendo a Santiago (1995), una doble función respecto al goce. Por un lado prohíbe el goce primordial de la madre; por el otro hace posible el goce fálico, el cual cumple de por sí una función de limitación del goce en general.

Si se toman los tres tiempos del complejo de Edipo tal como lo plantea Lacan y se focaliza en el Tercer Tiempo, el padre interviene como aquel que tiene el falo y lo tiene para transmitir una ley en su nombre, lo cual señala que nadie puede ser el propietario del falo. En cierto modo, “el hecho de que, para tenerlo, primero se ha de haber establecido que no se puede tener, y en consecuencia la posibilidad de estar castrado es esencial en la asunción del hecho de tener el falo” (Lacan, 2016, p. 192). En este régimen del tener, la ganancia es que el falo puede ingresar en el dominio de los sustitutos, se ha convertido en un elemento circulante que da lugar a la exogamia, a un sustituto de la madre, a un objeto de deseo que no fuera incestuoso.

Hay un hecho de estructura que tiene que ver con que no existe la posibilidad de una complementariedad con el otro sexo, hay algo que excede la posibilidad de la juntura. Tal como argumentan Tarrab et al. (1998), lo que viene a asegurar esto es un valor, el cual es una cuestión de significación. Se trata de la significación del falo que va a dar la medida de la relación sexual que no hay. “Será en tanto casado con el falo que el sujeto podrá situarse en relación al sexo” (p. 84). Es por esto, que el falo en tanto significante al cual refieren todos los seres hablantes, permite introducirnos en el Otro, así como también permite la vida de relación con el otro.

El goce fálico por tanto, se puede pensar a partir de estas articulaciones, en términos de goce y prohibición, un goce que en tanto sexual, es fálico, marcado por la castración, la cual se ha inscripto en el sujeto permitiendo una cierta regulación y localización del goce, así como la relación con el otro sexuado.

Ahora bien, Laurent (1997) sostiene que, en relación a la toxicomanía y a la frase introducida por Lacan: “La droga, única forma de romper el matrimonio del cuerpo con el pequeño-pipi”, se trata de una tesis de ruptura, que compromete toda la teoría de Lacan sobre el goce, el lugar del padre y el porvenir del Nombre del Padre en nuestra cultura. Así, una consecuencia de la ruptura con el goce fálico, es la ruptura con el Nombre del Padre, por fuera de la Psicosis, es decir, no se trata de una forclusión como sí ocurre en el caso de la Psicosis, sino más bien una “ruptura con los efectos de la instancia paterna: la castración y la premisa del falo” (Sillitti et al., 1998, p. 33). Desde la postura de Santiago (1995), la consideración de la droga en relación a un cortocircuito de la realidad sexual del sujeto, armoniza plenamente en la clínica analítica del toxicómano con la problemática del padre. El éxito de la droga se liga a la creciente decadencia de la función del padre en la época actual de la ciencia. En la práctica de la droga, este autor destaca la anulación de la dimensión simbólica del falo y conlleva la creación de un artificio, la droga, la cual opera a modo de un signo que representa algo para un sujeto y no para otro significante y que apunta a suplir al modo de una prótesis, esta fal-encia simbólica.

Siguiendo la lectura de Lacan (1986), el sujeto en tanto hablante se reconoce de entrada en el Otro de la palabra, tesoro de los significantes, y en él se hace reconocer. Ahora bien, Tarrab et al (1998) se remiten a la experiencia del tóxico en tanto vacía del Otro, así como también del otro, es decir el partenaire. Sostienen que la operación

toxicómana es una operación contra la significación del falo, en tanto elude toda significación (cuando el sujeto declara: no puedo dejar de hacer y no hay más que decir). El adicto hace silencio, pasa enmudecido a un hacer compulsivo para permanecer en ese goce que lo invade, un goce que rompe el matrimonio con el falo, “alivia la indeterminación del deseo, defiende contra la metonimia infinita de la pérdida del objeto y contra esa otra muerte que el significante impone” (p. 84).

Otra consecuencia que Laurent hace hincapié en relación a la ruptura con el goce fálico, y que guarda relación con lo indicado anteriormente, es “el surgimiento en nuestro mundo de un goce Uno. En tanto tal no es sexual. El goce sexual no es Uno, está profundamente fracturado, no es aprehensible más que por la fragmentación del cuerpo” (1997, p. 20).

Dicho autor, sostiene que el vínculo del goce con nuestra cultura se va a jugar alrededor de este punto, en tanto el mercado unifica los goces inconmensurables, es decir, se coloca en la perspectiva de un goce uno, más allá de estos goces diferentes. Se produce una anulación de las particularidades subjetivas, y en este marco las drogas “son la integración del mercado único de los goces” (p. 20).

Testa et al. (1998), afirman que Freud mantuvo en su obra una idea que tuvo desde muy temprano. En diciembre de 1897 en una carta a Fliess, plantea que la masturbación es el primero y único de los grandes hábitos y que todas las demás adicciones, como la del alcohol, la morfina, el tabaco, etc., son sustitutos y reemplazantes de aquella.

Así, el goce Uno se puede pensar en principio, en relación a lo que Freud ya ubicaba en torno a la adicción primordial: el acto masturbatorio, onanista donde el sujeto está adherido a un goce localizado en el órgano (pene-clítoris) que lo separa del otro sexuado y del lazo social. Esta separación del sujeto respecto al otro, se vincula con lo que aborda en el *Malestar en la cultura* en relación al tóxico-quitapena, al atribuirle al mismo un cierto grado de emancipación e independencia respecto del mundo exterior, además de una ganancia de placer. El sujeto a partir del tóxico goza consigo mismo desligado de la realidad exterior.

Lacan realiza una relectura de este goce onanista al cual Freud refiere en vinculación con la adicción y complejiza la cuestión cuando profiere la frase “la droga, única forma de romper el matrimonio del cuerpo con el pequeño-pipí”. Frase que le permite introducir una nueva modalidad de goce que se experimenta en el propio cuerpo, pero a diferencia de lo que Freud planteaba, es un goce deslocalizado que invade el cuerpo y es de una intensidad superlativa no alcanzable por el goce fálico limitado por la castración.

Tarrab et al (1998) ubican la operación toxicómana en un hacer que tiene una ganancia, una positividad: la positividad del goce contra la castración. En este sentido, la droga implica una forma de desligarse de la angustia que conlleva el acto sexual. Una forma de velar lo que traumática y angustiosamente conlleva el encuentro con el cuerpo del otro sexuado. Este goce que se positiviza implica un goce Uno, solitario que prescinde del ordenamiento fálico, y rompe con el lazo social.

La adicción a orillas de la muerte

Lacan (2006) sostiene que el sujeto para constituirse, debe inscribirse en el campo del Otro, en la medida en que al Otro algo le falte. No se puede pensar el campo del Otro constituido sólo de significantes (tesoro de significantes), sino que hay un resto, un residuo, que Lacan ha denominado objeto a, que cae de la operación de constitución del

sujeto y que garantiza, no la completud sino la alteridad del Otro. Vivirlo como alteridad permite mantener una cierta distancia y no ser reintegrado en el Otro, supone una falta que resulta problemática pero es la única manera que tiene el sujeto de poder acceder a una posición deseante.

Miller plantea que “la verdad de la castración es que para gozar hay que pasar por el Otro y cederle goce” (2010, p. 383). Se trata de una operación de extracción de goce, un goce acotado. Más adelante, habla de una intersección entre el campo pulsional y el campo del Otro, en tanto la pulsión buscará en el Otro el objeto que se separó de ella. Se trata de un movimiento circular de la pulsión, que implica que el cuerpo propio está al comienzo y al final de este circuito, que sus zonas erógenas son la fuente de la pulsión, y a su vez, es también el lugar donde se satisface parcialmente la misma, el lugar del goce, un goce autoerótico. Por tanto, la paradoja fundamental de la pulsión, tal como formula este autor, es que se trata de “un circuito autoerótico que solo se riza por medio del objeto y del Otro. En un sentido es un autoerotismo y en otro, un heterotismo” (2010, p. 385). Es decir, hay un pasaje por el objeto y el Otro, pero la satisfacción, el goce en juego está en ese bucle pulsional. Sin embargo, el objeto propiamente dicho, el objeto a, no es una sustancia sino un hueco, un vacío que se necesita para que se cierre el bucle. Puede ser representado por objetos y sustancias, pero al materializarse, es sólo semblante.

En esta perspectiva, la pulsión empuja al campo del Otro, donde encuentra los semblantes necesarios para mantener su autoerotismo. El campo del Otro se extiende hasta el campo de la cultura, como espacio donde se inventan los semblantes, los modos de gozar, que son formas de satisfacer la pulsión. (Miller, 2010, p. 386)

Por el contrario, la toxicomanía revela el más sostenido esfuerzo para encarnar el objeto de goce en un objeto del mundo (tóxico, comida, juego), un camino que va del padre edípico a un primitivo goce autoerótico, que no pasa por el Otro y que produce un sujeto desresponsabilizado de su goce. Goce donde “repite el goce de todo el cuerpo separado de la negatividad que el falo designa” (Bentes, Maschietto y Gomes, 1998, p. 113).

Tal como argumenta Laurent (1998), en el horizonte lo que sería el verdadero objeto de goce, es la muerte. Y la toxicomanía nos enseña que lo que se busca no es el placer, sino “la verificación del vacío que rodea al goce en el ser humano” (p. 71). El goce por lo tanto, es esa dimensión que no significa únicamente satisfacción placentera, sino que es aquello que en términos de Lacan, comienza con la cosquilla y termina en la parrilla. Esto se evidencia en el hacer del toxicómano, o de un sujeto que persiste en una posición de comer Nada, o que puede estar horas delante de una pantalla de internet sin levantarse. Dimensión que en el más allá del placer, hay un punto límite, punto extremo de vacío que fascina al sujeto adicto y lo aproxima a la muerte en sus actos compulsivos.

Hacia Otro goce que rompe con la medida fálica: campo propicio para la adicción

Lacan dice que “el discurso analítico no se sostiene sino con el enunciado de que no hay relación sexual, de que es imposible formularla” (1985, p. 17). Plantea dos modos de hacer fallar la relación sexual, a lo macho y a lo hembra, ubicados en las fórmulas de la sexuación. Del lado-macho, se afirma la función fálica como universal, en tanto todos son alcanzados por la castración, es de este lado que queda el goce fálico. Esto hace que sea del lado hombre que queden las salidas posibles para la mujer del complejo de Edipo freudiano, es decir tres modalidades distintas de goce “por vía de la abstinencia, por el goce de suponer tenerlo, o por el goce de tener un hijo” (Fleischer, 1997, p. 82). Son tres

modalidades que están del lado del goce fálico. Es decir que desde el punto de vista femenino, hay un goce ubicado del lado macho de estas fórmulas. En este lado izquierdo, ubica un Universal: Todos los hombres están sometidos a la ley fálica, es decir, a la castración. O mejor dicho, todos los que se inscriben en la función fálica toman valor de hombre. Para que haya Todos los castrados, tiene que haber uno que diga que no, que esté exceptuado. Toma para ello como referencia el padre del goce de *Totem y Tabú* para indicar que existe uno que toma el valor hombre sin someterse a la función fálica (Fleischer, 1997). Hay al menos uno, el Padre de la horda, que no está afectado de la ley que emite, prohíbe las mujeres a condición de tener acceso a todas. Es así entonces, que del lado Todo, Lacan ubica el modo hombre de hacer fallar la relación.

Por otra parte, del lado No-Todo, lado derecho, es donde ubica el modo de fallar la relación sexual por la vía de lo femenino. Del lado derecho las mujeres están no-Todas sometidas a la función fálica. “La relación de las mujeres con la función fálica es contingente” (p. 83). No hay ese al menos uno que desde afuera sostenga, haga clase exceptuándose. Si no hay al menos un elemento exceptuado, no se puede fundar la totalidad, y por tanto, no hay universal para las mujeres, no existe LA mujer. Lo que del lado hombre apunta a la interdicción del goce, del lado mujer no funciona. La relación con el goce es diferente, ubicándose ahí Otro goce que el goce fálico.

Se diferencian entonces, el goce fálico para quienes se sitúan del lado izquierdo de las fórmulas de la sexuación, y Otro goce para quienes se ubiquen del otro lado. Este último, corresponde al goce propiamente femenino, no regulado por la ley del padre, no regulado por el falo, y por tanto deslocalizado. Acceder a ese Otro goce, es “desujetarse locamente de la función fálica, locura esta, que no es la psicosis” (p. 84). La mujer que alcanza ese Otro goce, no implica que no pase por la norma fálica, a diferencia de lo que ocurre en la psicosis, donde existe la posibilidad de que haya La mujer. La mujer se relaciona a lo fálico porque es el modo que tiene de encontrar un campo de significaciones para su goce, pero su goce no se reduce al registro de lo fálico, porque este registro es un asunto de machos, viene del lado Todo (Fleischer, 1997).

Ahora bien, Mazzoni, Arca y Naparstek (2013) proponen pensar el campo de las toxicomanías desde la lógica del No-Todo. Esta lógica permite ubicar lo ilimitado del goce que el Nombre del Padre ya no viene a acotar y que el falo no logra regular. Vinculan este goce No-Todo, propiamente femenino, con el imperativo actual que obliga a gozar sin límites y que convierte a los toxicómanos en los sujetos paradigmáticos de la época. Época en la que el Otro no existe, donde el consumo rompe el encuentro con el Otro, con el Otro sexo, permitiéndole desabonarse del inconsciente, y de sus determinaciones en tanto ser hablante. Estos autores retoman a Sinatra, quien plantea que los toxicómanos se encuentran en el punto de la increencia en el padre, haciendo resonar en sus cuerpos los ecos de la pulsión de muerte, y desalojando a su vez las marcas de la castración adjudicadas al padre.

En este sentido, mediante la operación toxicómana, el sujeto evita el encuentro con la castración quedando a merced de un goce que no está regulado fálicamente, ni orientado por el ideal, lo cual trae por consecuencia una compulsión a gozar que lleva a lo peor. No hay ley que regule, sino sólo pulsión de muerte sin tramitación simbólica.

Conclusión

En razón de lo que se ha desarrollado, puede verse cómo lo que se ha dado en llamar ruptura con el goce fálico, hecho estructural inspirado en la frase de Lacan “La droga, única forma de romper el matrimonio del cuerpo con el pequeño-pipí”, pronunciada en ocasión de una Jornada de Carteles en la escuela freudiana de París, permite dar cuenta de lo que sirve de referente en las adicciones. Se ha realizado un recorrido sobre el concepto de falo, significativo fálico, goce fálico y sus relaciones con la deficiencia de la ley de la función paterna, intentando indicar lo que Lacan agrega al goce masturbatorio, goce Uno que ya Freud había señalado con extrema lucidez como lo propio del goce con el tóxico-quitapenas.

Es a partir del falo, que trasciende por lejos lo peneano, que se puede situar un goce fálico que remite a goce-prohibición siendo tal textura lo que lo hace instrumento de la regulación del goce, de manera que este tenga una medida y es precisamente el goce sin medida lo propio de las adicciones. Se trata en estas últimas, de un goce no localizado que involucra todo el cuerpo, de una intensidad superlativa, no alcanzable por el goce fálico limitado por la prohibición. Se trata de un goce autoerótico, solitario, disyunto del otro.

Estas consideraciones remiten a una transformación en lo cultural que de producir en la época de Freud un superyó neurotizante por un exceso de limitaciones al goce (se prohibía la homosexualidad, la poligamia, ciertos ejercicios de la sexualidad, etc.), hoy en cambio, impera un superyó que desde el sistema capitalista de súper producción ordena ¡goza! Goza todo lo que puedas, sin medida, rebasando el goce fálico, aquél que al prohibir regula, ordena la economía del goce propiciando una saludable distribución en los distintos destinos de la pulsión, precisamente lo que el adicto no puede hacer, quedando a expensas de una pulsión desbordada, compulsiva.

En estos tiempos que corren, la función del padre, los nombres del padre se han ido devaluando. Aquellos significantes ordenadores identificatorios que tomamos del Otro, están en caída libre. Hasta hace unos cincuenta años, predominaban en la sociedad y en el seno de cada familia ciertos ideales identificatorios a los cuales un sujeto apuntaba en el camino de su vida; hoy, por el contrario, en esta Modernidad Líquida, los mismos se han pulverizado, y las identificaciones son lábiles, no promueven el lazo social. Hoy, el líder y la masa están en la pantalla y es con ellos que se produce una identificación, formando de esta manera un ideal del yo ajustado a las demandas mercantiles. Hay una identificación al objeto, a los objetos de consumo masificadores que anulan las diferencias, y es en ese consumo que el sujeto se consume, sujeto barrido en lugar de sujeto barrado. Entre estos objetos de consumo, se encuentra el objeto-droga, el cual no se reduce a la sustancia tóxica, sino a la comida, el juego, el anabólico, etc. Objetos que ocupan un lugar en la economía libidinal de un sujeto, más precisamente, en su economía de goce y reducen su subjetividad a un único modo de gozar. Sujetos que persisten en su posición de comer Nada, como en el caso de la anorexia, sujetos que pueden estar horas delante de una pantalla de internet sin levantarse, se encuentran inmersos en una modalidad de goce que no significa satisfacción placentera, sino que en un más allá del placer, los invita constantemente a acudir a una cita con la muerte.

Por tanto, en un primer momento la droga constituye una solución para el sujeto que procura lidiar con el malestar en la cultura, con la castración, y con los impasses con el Otro sexo. Sin embargo en un segundo momento, el sujeto será intoxicado por el

objeto, arrastrado, sometido a una exigencia pulsional que lo domina y de la cual no puede desprenderse, quedando prisionero, muerto en el interior del nombre bajo el cual se presenta (por ejemplo “soy toxicómano”), quedando a merced de un hacer que le impide habilitarse un decir que lo implique como sujeto.

En la época actual, la práctica psicoanalítica se enfrenta con nuevos interrogantes vinculados a la creciente transformación de nuestro mundo. Texeira Grossi et al. (1998), retoman una cita de Lacan, quien afirma: “Que a él [el psicoanálisis] renuncie preferentemente aquél que no puede vincular a su horizonte la subjetividad de su época” (p. 19). Es así que en la incidencia de las adicciones hay que tener presentes tanto el objeto-droga, como el contexto socio-cultural, sin perder como brújula la singularidad del sujeto.

Referencias Bibliográficas

- Bentes, L., Maschietto, C., & Gomes, R. F. (1998). El camino "la ruta", del tráfico hacia el padre. En *Del hacer al decir. La clínica de la toxicomanía y del alcoholismo*. La paz: Plural.
- Bleichmar, S. (2005). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía.
- Bolis, N. (2010). Adolescentes y convivencia. La transmisión en la práctica educativa. En *Novedades educativas*, n°240-241.
- Deleuze, G. (2006). *Conversaciones*. Barcelona: Pre-texto.
- Fleischer, D. (1997). El goce místico y el del toxicómano. En D. Sillitti, E. S. Sinatra & M. Tarrab (Comp.), *Sujeto, goce y modernidad II: Los fundamentos de la clínica*. Buenos Aires: Atuel.
- Freda, H. (1998). Una muerte anunciada. En D. Sillitti, E. S. Sinatra & M. Tarrab (Comp.), *Del hacer al decir. La clínica de la toxicomanía y del alcoholismo*. La paz: Plural.
- Freud, S. (1973). El malestar en la cultura. En *Obras completas: Tomo III (1916-1938) [1945]*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Grimblat, S. (2004). Violencia Blanca. En J. C. Volnovich (Au.), *Del silencio al grito. La violencia nuestra de cada día*. Rosario: Laborde.
- Lacan, J. (1985). *El seminario 20: Aun*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1986). *El seminario 3: Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2006). *El seminario 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2016). *El seminario 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- Laurent, E. (1997). Tres observaciones sobre la toxicomanía. En D. Sillitti, E. S. Sinatra & M. Tarrab (Comp.), *Sujeto, goce y modernidad II: Los fundamentos de la clínica*. Buenos Aires: Atuel.
- Manzetti, R. E., Bertuzzi, E., Bolgiani, P., Careto, S. & La Greca, A. (1998). Sobre la toxicomanía: penalizar o despenalizar. En D. Sillitti, E. S. Sinatra & M. Tarrab (Comp.), *Del hacer al decir. La clínica de la toxicomanía y del alcoholismo*. La paz: Plural.
- Mazzoni, M. Y., Arca, G., & Naparstek, F. (2013). Psicoanálisis y contemporaneidad. Feminización del mundo en la época del Otro que no existe. Recuperado de: <https://www.aacademica.org/000-054/770>
- Miller, J.-A. (2010). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós.
- Pommier, G. (2002). *Los cuerpos angélicos de la Posmodernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rascovan, S., Korinfeld, D., & Levy, D. (2013). *Entre adolescentes y adultos en la escuela*. Buenos Aires: Paidós.

- S. a. (2008). La problemática del horizonte de sentido entre la modernidad y la postmodernidad. Recuperado de: <http://www.utm.mx/temas/temas-docs/nota3t34.pdf>
- S. a. (2009). La vida en la época victoriana. Recuperado de: <https://lacasavictoriana.com/2009/12/31/la-vida-en-la-epoca-victoriana/>
- Santiago, J. (1995). El artificio de la droga...o la metonimia de la muerte. En D. Sillitti, E. S. Sinatra & M. Tarrab (Comp.), *Sujeto, goce y modernidad III: De la monotonía a la diversidad*. Buenos Aires: Atuel.
- Sibilia, P. (2005). *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Sibilia, P. (2012). *¿Redes o paredes? La escuela en tiempos de dispersión*. Buenos Aires: Tinta fresca.
- Sillitti, D., Naparstek, F., Gianzone, R., López, H., & Lachavanne, H. (1998). Φ. En D. Sillitti, E. S. Sinatra & M. Tarrab (Comp.), *Del hacer al decir. La clínica de la toxicomanía y del alcoholismo*. La paz: Plural.
- Tendlarz, S. (1997). Las paradojas de la felicidad. En D. Sillitti, E. S. Sinatra & M. Tarrab (Comp.), *Sujeto, goce y modernidad II: Los fundamentos de la clínica*. Buenos Aires: Atuel.
- Testa, A., Cohen, C., Glaze, A., Mendizábal, V., Pérez, E., Riadigós, N. & Rodriguez, D. (1998). Adicciones: ¿patologías de la autodisciplina? En D. Sillitti, E. S. Sinatra & M. Tarrab (Comp.), *Del hacer al decir. La clínica de la toxicomanía y del alcoholismo*. La paz: Plural.
- Texeira Grossi, F., Andrade, C. S., Pinelli Nogueira, E. H., & Lima, M. G. (1998). Consideraciones psicoanalíticas sobre el tratamiento de la drogadicción. En D. Sillitti, E. S. Sinatra & M. Tarrab (Comp.), *Del hacer al decir. La clínica de la toxicomanía y del alcoholismo*. La paz: Plural.
- Unterberger, M. (1995). Estatuto de "yo soy" en la toxicomanía y el alcoholismo. En D. Sillitti, E. S. Sinatra & M. Tarrab (Comp.), *Sujeto, goce y modernidad III: De la monotonía a la diversidad*. Buenos Aires: Atuel.
- Volnovich, J. C. (s.f.). Conectados ¿en soledad? *Imago agenda*. Recuperado de: <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=1535>
- Zygmunt, B. & Dessal, G. (2014). *El retorno del péndulo. Sobre el psicoanálisis y el futuro del mundo líquido*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Zygmunt, B (2004). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.